

Hay un campo de batalla entre inteligencias no humanas. Ese campo es, simultánea y ocasionalmente, nuestra Tierra y nuestras mentes. Esta es una de sus crónicas.

CHAMANES DE LAS ESTRELLAS

Este no será un trabajo sencillo de leer. Requerirá, básicamente, la paciencia de continuar hasta el final y detenerse a releerlo cuantas veces crea necesario. Porque se entrecruzan dos hipótesis: que las inteligencias operantes detrás de lo que llamamos OVNI provengan de lo que desde siempre hemos llamado “plano astral”, y que algunas estén “invadiendo” nuestra cultura como se expande un virus que inficione el Inconsciente Colectivo para así tomar por asalto las mentes individuales, mientras otras entidades, vaya a saberse si por simple filantropía cósmica o beneficios indirectos, mueven a nuestro favor los peones de un ajedrez cósmico.

¿Y los seres realmente “extraterrestres”? Oh, sí, ellos también están... y quizás algunos son tan víctimas como nosotros.

Escribe Gustavo Fernández

- **Introducción**
- **Capítulo I: OVNI “a la moda”**
- **Capítulo II: Reflexiones sobre el origen extradimensional de los OVNI**
- **Capítulo III: OVNI materializados mentalmente**
- **Capítulo IV: Cuando las Inteligencias aparecen**
- **Capítulo V: Ha una Luz al final del túnel**

INTRODUCCIÓN

En las horas litúrgicas de “*maitines*” entre las cuatro y las cinco de la mañana de ese 15 de febrero de 1600, un grupo de hombres embozados en sayos negros se afanaba enterrando hasta una tercera parte de su largo en tierra, un grueso madero burdamente cepillado a hachazos.

No lejos de allí, donde Campo di Fiore diluía sus miserables casuchas de artesanos y pequeños comerciantes en las orillas del verde mar del bosque, con los oídos atentos al silencio sesgado aquí y allá por los aullidos de algún lobo, otro grupo reunía ramas y leños sobre un carro.

Una hora después, los dos grupos se reunieron. Los leños fueron arracimados alrededor del madero enhiesto, y los pobladores comenzaron a llenar el lugar, incipientemente bañado por la decadente luna de ese tardío invierno italiano. Jueces, altos dignatarios de la Iglesia, los funcionarios del brazo secular, el verdugo, los curiosos clavaron su mirada en la cetrina puerta del cercano monasterio, la puerta desde donde se abría el camino final de los condenados a la hoguera, uniendo las mazmorras con el cadalso.

Seis meses de torturas exquisitamente elegidas, donde el potro era apenas un descanso después de las tenazas al rojo mordiendo las tetillas y las pinzas de hierro arrancando las uñas, no sirvieron para que el monje Giordano Bruno se retractara de su principal herejía: afirmar que había muchos mundos habitados como el nuestro en el Universo, que las estrellas eran soles alrededor de las cuales giraban otras Tierras y que el hombre no era la obra máxima de Dios, sino apenas uno más de sus innumerables hijos racionales expandidos por el Cosmos.

Cuando Bruno estuvo atado con cadenas al madero, se le ofreció, como gracia última, el arrepentimiento de sus blasfemias y el reconocimiento de sus errores, con lo que los inquisidores, en un gesto de bondad que campeaba por entonces, ordenarían estrangularlo antes de quemar su cuerpo, evitándole así mayores sufrimientos. Giordano se negó. Azorados, y contraviniendo algunas normas después de intercambiar rápidos comentarios dieron aquellos la orden al verdugo de repetir el ofrecimiento –oportunidad extraña para la moral de los inquisidores- advirtiéndole que, en este caso y de aceptar Giordano la retractación, la madera seca sería reemplazada por leños verdes, para provocarle la asfixia antes que las llamas lamieran su carne.

Simplemente para no comprometer un agradecimiento moral en el último instante de su vida para con sus exterminadores, Giordano volvió a negarse y arrojó al aire dos maldiciones: una, dirigida específicamente a sus jueces, los cuales tres murieron antes de un año. La otra, a la orden del Santo Oficio. *“Aún estarán ardiendo mis cenizas -dijo- cuando mi vida estará olvidada. Aún no habrán removido las brasas, cuando el pueblo os habrá olvidado a vosotros. Pero será cuando nuestros huesos y vuestros nombres estén sepultados por el polvo, el momento en que mis ideas seguirán tan luminosas como ahora”*.

A la plebe que se burlaba de su martirio, sólo le dirigió una mirada despectiva. Y comenzó a arder.

El filósofo francés Pierre Piobb escribió a principios del siglo XX: **“En el Medioevo, a los magos se les quemaba en las hogueras. En el siglo XX, se les cubre de ridículo, lo que es todavía peor, ya que el ridículo jamás ha creado mártires”**.

Piobb hablaba de los “magos” (de “magista”: sabios) como pioneros del conocimiento. Como aquellos que pudiendo encerrarse en el dogmatismo académico habitualmente aceptado, preferían arriesgar el crédito en terrenos desconocidos para el intelecto. *“Las grandes ideas -escribió alguien- las sueñan los locos, las amasan los audaces, las popularizan los doctos y las disfrutan los mediocres”*.

Y cuando uno fatiga los claustros universitarios y se detiene a pensar en el papel que jugará en el burgués concierto social advierte -por más que trate de mirar hacia otro lado- que en un determinado momento se ve enfrentado a una elección terminal: o comulga con el sistema en que se encuentra inmerso, o se enfrenta a él. Y uno elige. El camino ya conocido, con su sensación de comfortable estabilidad, de rutina mental, de somnolencia espiritual, de hipocresía a la que llaman diplomacia, del argentinismo (y argentinísimo) *“no te metás”*; o el otro, el de lo desconocido y lo enigmático, el plagado de obstáculos, el de los constantes sinsabores y desengaños, el de chocar contra los prejuicios... pero aquél donde a la distancia siempre está la esperanza de la luz.

Y comenzó un camino, alejándome de las mullidas comodidades de una intelectualidad convencional. Opté por investigar, difundir, enseñar lo esotérico, lo ufológico, lo alternativo. Gasté muchos buenos años y energías que no creía que tuviera en presentar “mis” ciencias como algo merecedor del crédito respetable, y no sólo reservado para las amarillentas páginas de revistas sensacionalistas. Fui, creo, franco en exceso, cosechando adhesiones y oposiciones en cantidades divertidas. Y hartó ya de estar hartó -como cantara el catalán-, con un cuerpo que no es viejo pero fatigado por diez siglos de lucha contra el oscurantismo y treinta años contra la frivolidad, como restos del naufragio de la “revolución de las flores”, la no violencia, los Beatles y mayo del '68, decidí detenerme. Reflexionar. Y escribir.

No mis memorias, no. Es demasiado pronto –espero- para eso y soy demasiado supersticioso para burlarme de la Parca convocándola con liturgias literarias propias del ocaso. Hay todavía demasiadas batallas que se perfilan en el horizonte, otros combates del y por el conocimiento. Otros escenarios, miles de páginas aún por escribir, otras investigaciones, conferencias, programas de radio y televisión, miles de kilómetros en el espacio real y virtual que recorrer. No, escribiré de otra cosa.

Debo admitir que pese a tener muchos años de oficio como escritor, me ha resultado particularmente angustiante sentarme a escribir este libro. No porque su temática exceda, dentro de lo humanamente posible, el campo de mis deambulares –he sido un investigador del fenómeno OVNI por más años de los que me gustaría recordar- ni porque las informaciones y reflexiones que aquí me propongo volcar sean de una potencial peligrosidad para mi integridad. Soy apenas un estudioso “amateur” de estas disciplinas, y no estoy en condiciones de exhibir honrosos títulos universitarios que por sí mismos generan expectativas en el público lector (como si los créditos académicos garantizaran certeza en lo que, precisamente, se ha revelado como el fenómeno más “antiacadémico” pensable), ni dudosos antecedentes que me vinculen a servicios de espionaje o fuerzas armadas emparentadas, en mayor o menor grado, con el “secreto” tras los OVNI. No he formado parte de ninguna sociedad conspiranoica y, hasta donde sé, nunca he sido abducido. De allí que, en lo que a mí concierne, puedo tener la tranquilidad de ser apenas un entusiasta más –eso sí, con muchos kilómetros a las espaldas- tratando de encontrarle un sentido a lo que quizás, por designios que se nos escapan, no lo tiene.

Hilando fino, colijo que mi ansiedad es producto más de lo que **no** sé que de lo que sí sé. Sofoca la sensación que, si sólo a medias lo que esbozo en estas páginas es cierto, posible o probable, la historia de la humanidad puede sentirse sacudida hasta sus cimientos. Y que una vez que he adscrito a esta teoría, sólo me queda avanzar en busca de evidencias, semiplenas pruebas de que, tal vez y después de todo, esté en lo cierto.

También sé que esa sensación incómoda es producto de cierto desconcierto respecto a cómo contar la historia; la incómoda idea que no seré entendido por el lector o, lo que quizás es todavía peor, seré mal entendido.

Temo que algún lector (de esos que si se muerden la lengua mueren envenenados) piense que lo que trato de hacer es introducir compulsivamente toda la fenomenología dentro de una única teoría. Y bien, ese lector sería mal pensado – en lo que a mis motivaciones atañen- pero no errado en sus conclusiones. Porque **creo firmemente que con excepción de algunos casos aislados (sobre los que volveré más tarde) existe una teoría unívoca para todo el fenómeno OVNI, ahora y desde la noche de los tiempos.**

Creo en el origen extraterrestre y extradimensional de los OVNI's y sus ocupantes.

Creo que no se tratan de "maquinas" en un sentido estricto –como opinarían mis colegas que de ahora en más denominaré como "la brigada de las tuercas y tornillos"- sino de vectores energéticos que responden a facetas de las leyes físicas del Universo que aún desconocemos.

Creo que sus tripulantes, en ocasiones, son seres altamente evolucionados que precisamente por ese grado de desarrollo han trascendido las limitaciones de un cuerpo biológico siendo entes –ignoro si con conciencia individual o colectiva- absolutamente energéticos sin los condicionamientos temporales y espaciales de todo cuerpo material.

Creo que su presencia en nuestros cielos (más aún, en nuestra Historia) tiene como fin imprimir un sesgo específico a la evolución de nuestra especie, con fines que sospecho pero aún no puedo fundamentar.

Creo que son la realidad espiritual de este Tercer Milenio. Y que quizás estemos cerca, muy cerca, de despejar todas las dudas.

Mientras tanto, este libro debe ser tomado como un ejercicio intelectual. Donde la Realidad (debería preguntar: ¿cuál Realidad?) demanda paradigmas ni lógicos ni ilógicos, quizás sólo analógicos. Y siguiendo ese camino esbozamos nuestras teorías.

^ No es fácil detenerse en un punto de la vida donde el Dante recitaría aquello de:

*"en el medio de mi vida,
me encontré en una selva oscura"*

para descubrir que ha llegado el ineludible momento de rendir cuentas a quienes, cuando menos intelectualmente, le han sweguido a uno, o han stado esperando algún tipo de revelación, de descubrimiento, e demostración de múltiples hipótesis y teorías desmembradas por el camino. No es fácil, pero es imprescindible. Llega el mmento es que, si se desea que la vida de uno tenga sentido, hay que recapitular, hacer un resmen y presentar conclusiones. Supongo que otros me pedirán cuentas como sewr humano. Aquí, las rendiré como investigador OVNI.

Tuve la fortuna de vivir en una época a caballito entre el entusiasmo ingenuo de fines de los '60 –donde el gran "desembarco extraterrestre" parecía a la vuelta de la esquina- y el escepticismo psicosocial de los 80. Testigo privilegiado de una Ovnilogía sudamericana, pude husmear de cerca episodios significativos y departir, amigablemente o no, con figuras señeras u olvidables. Tener entre mis manos supuestos trozos de OVNI, peregrinar por laboratorios pidiendo resultados de análisis, fruncir el ceño con disgusto ante tanto vacuno mutilado. Ver OVNI's también, aunque esto último quizás sea lo menos importante a los efectos de este libro.

Tras treinta años de investigación –de mi investigación- uno tiene muchas más preguntas y algunas pocas certezas. Ellas son las verdaderas protagonistas de estas páginas.

Durante los últimos siete años, fui enhebrando sospechas a lo largo de numerosos trabajos publicados, fundamentalmente en la revista digital que, junto con mi buen amigo Alberto Marzo, generamos en internet. Ella es “Al Filo de la Realidad”, y a quienes les interese, a ella les remito. A encontrarán en www.alfilodelarealidad.com.ar y no me repetiré aquí. Evitaré la odiosa compulsión de plagiarse uno mismo, y no llenaré estas páginas con argumentos, reflexiones y evidencias presentados en aquella.

Creo que algunos de esos seres – por razones que explicaré más adelante- tienen intenciones perjudiciales para con las especies inferiores en evolución (como nosotros, por si no se dieron cuenta).

Creo que otros de esos seres, también por sus propias razones, alientan las intenciones contrarias.

Creo que los primeros han manipulado a algunas culturas inferiores a ellos de origen extraterrestre –pero aún así mucho más avanzadas que la nuestra- para emplearlos en la consecución de sus fines.

Creo que uno de esos fines fue crear una quinta-columna en nuestras sociedades históricas, en la forma de una sociedad secreta cuyo único objetivo fue –es- impedir un progreso demasiado rápido de la humanidad en ciertas áreas que pudiera catapultarla a un escalón evolutivo lo suficientemente elevado como para darle un aún acotado –aunque ingenuamente sobreentendido- libre albedrío.

Creo que los segundos influyen directamente en nuestra propia cultura, en forma colectiva empujándonos a un cambio de paradigma sociocultural y espiritual, y en forma individual sobre un enorme número de miembros de nuestra comunidad para hacerlos participar –durante muchos años de forma inconsciente; y a partir de algún necesario y doloroso momento, de manera conciente- en ese gran teatro cósmico.

Creo que mi propia vida muestra ejemplos de manipulación.

Creo que necesitaré más de un libro, amigo lector, para exponerle toda mi teoría. Pero, cuando menos, comencemos con estas líneas:

El asunto es que mientras una sociedad secreta, desde las brumas del tiempo, viene impidiendo que la Humanidad expanda demasiado sus fronteras físicas, mentales y espirituales (como frenando avances revolucionarios a destiempo, o el redescubrimiento de civilizaciones olvidadas) para poner a la especie humana en disposición de ser “alimento energético” de unas razas extradimensionales, o entidades biológicas extraterrestres (EBEs) que nos usan como “cotos de caza” o “tambos espirituales”, los Guerreros de la Luz, sabiendo, entre otras cosas, que el academicismo excesivo y la rigidización paradigmática

consecuente pone a sus acólitos como secuaces inconscientes de os Barones de las Tinieblas (donde los “hombres de negro” son sus agentes) han venido luchando espiritualmente para contactar a otras entidades de planos superiores y ganar la batalla de la evolución. Los “contactados” son el campo de batalla, los “abducidos”, quintacolumnistas. Los Barones de las Tinieblas han contado con el apoyo de gobiernos, militares, algunos científicos... y el miedo de la gente. Los Guerreros de la Luz, con la Era de Acuario.

El Autor
Paraná Entre Ríos, Argentina